¡Ay, por Dios! [1]

Eva Canel; edición crítica de Daniel González Gallego

El querido y buen paisano Juan A. Cabezas, escritor correcto y bien intencionado, ha escrito y publicado en *Región*, correspondiente al 20 de julio próximo pasado, un artículo referente a mi persona que le agradezco muchísimo, y de él estimo hasta las exageraciones, por lo que exaltan mi modesta personalidad con la mejor intención del mundo.

Son detalles que ni quitan ni ponen en mi vida, de la cual nada se ha dicho todavía. Según Felisa, la dama de compañía a la cual alude Cabezas, nadie podrá decirlo más que yo, y temerosa de que me juzguen como a tantos bichos trashumantes de los que han venido y siguen viniendo al Nuevo Mundo como dicen los italianos a *fare l'America*[2] con mentiras y bambollerías[3], me callo y es posible que me muera sin dejar notas que, créanlo, paisanos, de mucho podrían servir a las generaciones venideras.

Pero el caso es que si hablase sería la más feroz iconoclasta: ¡cuántos «valores» arrastraría, barriendo el suelo con ellos! ¡Cuántas caretas rasgaría, dejando al descubierto rostros impúdicamente groseros!

Cierta vez decía yo en la mesa de un potentado dominador de las fianzas nacionales: «Pidan a Dios que no me vuelva loca, pues si me vuelvo loca, hablo y escribo, y si escribo y hablo, no podrán ustedes tenerse en pie».

Convencidos los comensales de aquella mesa fastuosa de que era verdad cuanto decía, soltaron unísona carcajada, y yo no alteré un músculo para contestar a cada cual lo que me preguntaba, queriendo saber el concepto que de ellos tenía formado.

Como al paso que voy no daré en un falansterio de insanos, aunque bien pudiera dar en alguno de ancianas desamparadas, vale más que siga saboreando los recuerdos de mis hechos pasados, única cosa que puede consolarme de que Dios no me recuerde para indultarme de la pena de vivir sin mi hijo del alma, soportando esta horrible tragedia íntima de la que nada dijo a Cabezas, siendo ella la insoportable tortura de todos los momentos.

Ahora no quiero vestirme con plumas de pavo real y digo: no me eduqué en un convento de Madrid. De vivir mi abuelita materna, doña Josefa Uría de Llano Flórez, habría sido monja. Como era muy rezadorita y me paseaba tras de ella todos los días al atardecer, pasando las cuentas de un minúsculo rosario de aljófar[4] que ella me había regalado, quería mandarme no sé a qué convento de clausura, en el cual la madre abadesa era una sobrina suya. El colegio de Madrid no llegó a educarme, porque debiendo entrar juntas mi hermana mayor y yo, ésta se resistió a ser encerrada. Si acierto a ser yo la resistente, voy de cabeza; pero mi hermana era más dulce, más delicada y dueña también de una resistencia pasiva, que ni el carácter inflexible de nuestra madre podía vencer.

---

[1] Edición realizada a partir del artículo publicado en *Región*, 26/08/1926, pp. 8-9. El texto constituye una respuesta matizando algunos datos ofrecidos por Juan A. Cabezas en un artículo biográfico previo: «Valores positivos: Eva Canel», *Región*, 20/07/1926, pp. 8-9. Tiene su continuación en otro artículo: «Otra vez Eva Canel», *Región*, 04/09/1926, pp. 8.

[2] «*Fair l'America*» en el original. Probablemente una confusión entre el italiano y el francés.

[3] *Bambolla:* boato, fausto u ostentación excesiva. Entrecomillado en el original.

[4] *Aljófar:* perla irregular y pequeña.

Me casé mucho antes de los diecisiete años: me da vergüenza consignar tal precocidad.

Una vez encontramos a Campoamor, íntimo amigo de los Caneles y, por tanto, de mi madre, y dijo a esta con aquella gracia desvergonzada que no escatimaba a los amigos:

—¿Por qué no enseña usted a estas chicas a coquetas?

(Al parecer éramos dos infelices.)

—¿A coquetas? —replicó mi madre—. ¿A coquetas, y esta ya se quiere casar?

—Mal hecho —añadió don Ramón—: las muchachas deben coquetear mucho antes de casarse.

Prosigamos: no estuve nunca en Zaragoza, más que de ida y vuelta a Barcelona; pero no pierdo la esperanza de visitar a la Pilarica: se lo tengo ofrecido. ¡No conocí a mi padre!, y este dolor jamás se apartó de mi alma. Contaba año y medio cuando me quedé sin él: horribles nostalgias que me han torturado desde la niñez solo a esto puedo atribuirlas. Dos tomos necesitaría para expresar las evoluciones que ha hecho el espíritu alrededor de toda mi existencia buscando algo que no podía encontrar en la tierra. Solía contestar de niña cuando me preguntaban por qué lloraba al oír la música, al contemplar el mar, al percibir el canto de los pajaritos en su retirada del atardecer y en otros momentos indefinibles para el embrión sentimental de los niños: «Lloro, porque me acuerdo de mi padre».

Más tarde, mordida por las nostalgias de la patria de la familia, de un día, de un hecho, de una persona, de una ilusión helada en flor, de algo más indefendible todavía que los llantos de la niñez, porque me parecían ser de lo desconocido, explicaba mis ansias diciendo: «Nostalgias del infinito, de la otra vida quizás».

Vean ustedes por dónde mi joven amigo Cabezas me ha traído, sin querer, al mundo de los recuerdos «idos», como él dice. Mucho más «idos» que la fotografía que reproduce *Región*. Esa es de ayer, pudiera decir, a pesar de haberme echado el destino tantas crueldades sobre estos pocos años.

Mi marido no ha ido al Brasil con ninguna comisión ni con nadie.

Tocó en la hermosísima ciudad de Río de Janeiro, de paso para Montevideo: lo echó de España una re[ve]renda paliza que dieron al principiante dibujante [So]jo[5] catorce concejales republicanos, al mando de un fan[ático] Orcasitas, que esgrimía razones republicanas a lo [Pepe el] Tranquilo[6]. Sojo comenzaba a ridiculizar a los p[olí]ticos con sus caricaturas, y como mi marido le h[acía] versos implacables para su semanario, versos que Sojo adornaba con caricaturas para otro que publicaba mi ma[rido], el primero desapareció sin saber cómo la noche de [la] paliza, dijeron que hacia Málaga; y el segundo, p[ocos] días después hacia Lisboa, donde tomó un vapor [expr]és que lo llevó al Plata.[7]

---

[5] Eduardo Sojo (Madrid, 1849–1908), dibujante español que colaboró realizando caricaturas políticas para *La Broma*, periódico dirigido por Eloy Perillán Buxó, esposo de Canel. Firmaba con el seudónimo Demócrito.

[6] Personaje de *El pobre Valbuena*, sainete de Carlos Arniches y Enrique García Álvarez representado en 1904.

[7] Al encontrarse en una doble página, los fragmentos que coinciden con el doblez de la publicación se han reconstruido y señalado con corchetes.